



Fernando Savater

Contra las patrias

Ariel

Fernando Savater

Contra las patrias

Ariel 
bfs

1.ª edición en editorial Ariel: marzo de 2017
Edición anterior: octubre de 1996

© 1996, 2017, Fernando Savater

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2017: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2543-9

Depósito legal: B. 2374 - 2017

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

LAS VÍCTIMAS DEL PATRIOTISMO¹

Cada nación se burla de las otras y todas tienen razón.

SCHOPENHAUER

Los hombres buscamos permanentemente un *sentido* a nuestro estar unos junto a otros, algo que trascienda al instinto gregario y sea más espiritualmente gratificante que la fuerza de las necesidades materiales. La más prioritariamente humana de nuestras aspiraciones es la de sabernos pertenecientes a una unidad superior, a la vez dotada y dadora de significado. Con este fin, las comunidades han aprovechado cuantos recursos brindan el mito y la historia, la razón y el sentimiento, la religión, la política y la profecía revolucionaria. La imprescindible presencia de los otros es también coactiva y dolorosa, por lo que urge establecer un lazo simbólico que nos facilite sobrellevarla con resignación y hasta nos convenza de la esencial importancia que tiene la proximidad de seres frecuentemente intolerables. La tribu, la casta, la raza, la nación, el imperio, la secta, todo el variado nomenclátor de la afiliación humana, cada cual con su peculiar modo de exaltar propagandísticamente las virtu-

des del irremediable grupo. Lo importante es llegar a sentirse *uno* con quienes, por tantos aspectos, diferirán de nosotros, aunque en otros se nos parezcan. Y, para unirse, lo primero que se necesita es un *otro* al que oponerse, un reverso negativo de cuyo repudio dependa nuestra afirmación de identidad. Si no hubiese existido más que un solo grupo (raza, nación, casta, tribu, etcétera) de hombres sobre la faz de la tierra, la autoafirmación de tal grupo sería impensable, ininteligible, y sólo contaría la de los subgrupos (familias, individuos...) que se establecieran frente a frente. *Nunca varios lograrían ser Uno si no existiese la posibilidad de enfrentarse a otros que, a su vez, constituyen o son constituidos desde fuera como Otro.* En esta unidad supraindividual se reúnen los prestigios de la soledad con las irrenunciables ventajas de la compañía; es decir, para poder soportar a los otros cuya pluralidad necesita, cada hombre tiene que suponer de algún modo que no son realmente otros, que todos comparten una misma individualidad, sólida y solitaria, instituida por oposición frente a otras de su mismo género.

Lo único, pues, que permite la compañía y la solidaridad es el reconocimiento de lo mismo en lo mismo: los grupos humanos sólo logran tal identificación por la vía de la exclusión y el enfrentamiento. Ser de los míos es no confundirme ni contagiarme con quienes constituyen lo otro. Hasta aquí la política. El proyecto ideal de un fundamento no antagonístico para la comunidad de individuos es el tema propio de la ética, sobre el que volveremos al final de este trabajo. Aquí vamos a hablar ahora en resumen de lo siguiente: a) de un tipo especial de grupo humano, la nación, y del sentimiento exacerbado de pertenencia y hostilidad que le sirve de cimiento psicológico; b) de la institucionalización de la violencia como esencia misma y verdad última

de lo nacional; c) de los usos y transformaciones más recientes de la fórmula nacionalista. Por último, diremos algo, como ya queda anunciado, del universalismo individualista ético en cuanto correctivo final de los abusos destructivos que impone la autoafirmación bélica de las naciones.

Hagamos en primer lugar una breve digresión terminológica. La palabra «nación» se refería en principio a la pertenencia al mismo linaje, designaba los nacidos de un mismo tronco. Se hablaba así de la nación de los turcos, de los hebreos, de los gitanos, de los negros..., sin que, por supuesto, el término se refiriese para nada a un modo de organización política. Incluso podía aplicarse fuera del ámbito de lo humano, y no faltan referencias convenientemente antiguas a una «nación de pescados» o «una nación de conejos». En ciertos casos, podía servir para nombrar a una simple multiplicidad de individuos, unidos accidentalmente por un destino común, como cuando se decía que, en determinado naufragio, pereció «una nación de gente». La localización territorial, que parece ausente en el origen del término «nación», está, sin embargo, inmediatamente presente en el de «patria», que designa el preciso lugar del que alguien es nativo. Sin embargo, la evolución que sufre «patria», de lo geográfico y afectivo a lo institucional y político, puede fácilmente comprobarse comparando las definiciones que dan del término tres diccionarios prestigiosos de diferentes épocas. El de Covarrubias, en 1610, dice sencillamente: «*Patria*: la tierra donde uno ha nacido». En 1734, el *Diccionario de Autoridades* establece: «Es el Lugar, Ciudad o País en que se ha nacido». Y María Moliner, en 1971 y de modo más trabajoso, afirma: «Con relación a los naturales de una nación, esta nación con todas las relaciones afectivas que implica». De la tierra, en cuanto figura poco más que

geográfica, pasamos a planteamientos más nítidamente políticos, como la «ciudad» o el «país», y de ahí a ver a la patria identificada con la vivencia de la nación, entendida esta última obviamente como Nación-Estado. El concepto se va haciendo cada vez más abstracto, más convencional y más subjetivo. En cuanto al término «patriota», su evolución es aún más reveladora. Covarrubias no lo recoge y señala simplemente: «*Compatriota*: el que es del mismo lugar». El *Diccionario de Autoridades* repite esta definición y en «patriota» resuelve: «Lo mismo que compatriota, que es como se dice». Pero, si nos dirigimos a la obra de María Moliner, no encontraremos semejante laconismo. En «patriota» podemos leer: «Se aplica al que ama a su patria. Particularmente, al que ha hecho algún sacrificio por ella». Y, más abajo, encontraremos «patriotero» y «patrioterismo», con los rasgos de exageración y superficialidad en la exteriorización del amor a la patria. De nuevo, pues, vamos del significado puramente objetivo, que constata un hecho –haber nacido en el mismo lugar–, a la dimensión pasional del «amor» a la patria, e incluso se llega hasta reclamar un determinado comportamiento penitencial que refrende tal afecto. No cabe duda de que estos términos, al menos desde el siglo XVII a nuestros días, han sufrido un gradual proceso de sobrecarga política y «calentamiento» intencional.

El término «nacionalismo» es mucho más reciente, y su origen no deja de encerrar también una notable paradoja. En efecto, si hemos de creer a Charles Schmidt (citado por Bertrand de Jouvenel, *vid.* bibliografía), el término fue acuñado por el periodista y librero Rodolfo Zacarías Becker, detenido en 1812 por Napoleón por actividades «progermánicas». Becker se defendió diciendo que la nación germánica no se componía de un Estado único, como la francesa o la

española, sino que estaba repartida entre varios: imperio francés, Rusia, Suecia, Dinamarca, Hungría y hasta Estados Unidos de América. La lealtad a cada uno de estos Estados, que enlaza tradicionalmente con la *fides* germánica, es compatible con la preservación del amor a la propia nación alemana. Por decirlo con las propias palabras de Becker: «Este apego a la nación, que podría llamarse *nacionalismo*, se concilia perfectamente con el patriotismo debido al Estado del que se es ciudadano». Aquí puede verse que, contra lo que algunos quieren suponer, el término «nacionalismo» se inventa para designar un sentimiento de pertenencia étnica o cultural netamente deslindado de la adscripción estatal, hasta tal punto que uno puede ser –según Becker– nacionalista germánico y buen patriota francés o sueco. Evidentemente, el enraizamiento de la palabra en el lenguaje político moderno no ha conservado esta paradójica característica (quizá pergeñada a toda prisa por el pobre Becker para librarse de la severidad de su imperial carcelero). Hoy, ser nacionalista es tener vocación de fundar un Estado nacional: hasta tal punto que puede decirse que es el nacionalismo como proyecto y empeño quien causa la nación y no a la inversa. Por aportar una definición suficiente y contemporánea, citaré la de José Ramón Recalde en su imprescindible libro *La construcción de las naciones*: «El nacionalismo es una práctica de objetivos políticos y de contenido ideológico, que pretende establecer formas de autonomía para los miembros de una colectividad que titula *nación*». Puede complementarse con esta otra, maliciosa, de Arnold S. Toynbee, que indignaba a Ortega: «El espíritu de la nacionalidad es la agria fermentación del vino de la Democracia en los viejos odres del Tribalismo».

En cuanto empeño político, nada hay que objetar en lí-

neas generales al nacionalismo, pues, como tantas otras empresas históricas, puede realizarse efectivamente para bien o para mal, seguramente para bien y para mal. Puede servir para emancipar a una comunidad de una tutela gravosa o de una explotación imperial, así como puede ponerla bajo la férula de un dictador carismático, o reducir sus expectativas culturales o desviar la atención popular de las reivindicaciones sociales más urgentes. De todo se ha visto en los nacionalismos que han cumplido finalmente su designio en el pasado. Lo importante es, sencillamente, subrayar que, *en sí mismo*, el nacionalismo no tiene ninguna especial virtud redentora, ni tampoco es en toda ocasión signo de una lacra irracional entre las diversas opciones políticas. Y también es preciso aclarar que de ninguna manera hace falta compartir la vocación política nacionalista para reconocer el derecho de existencia y libre expresión a ésta, lo mismo que no hace falta ser uno mismo religioso para tenerse por firme partidario de la más rigurosa libertad de creencias y cultos. Como ideología, en cambio, el nacionalismo es ya mucho más discutible. En efecto, no se trata simplemente de creer en el derecho de cada «nación» a su autogobierno, pues el carácter mismo de nación o sus límites o lo que se entienda por autogobierno son conceptos que no pueden ser sin más establecidos sin una serie de presuposiciones que terminan por abarcar toda una concepción política explícita o implícita, toda una doctrina acerca de lo primordial en la vida y orden de la comunidad. Diríase que, en su fórmula más templada, el nacionalismo es algo así como un discreto conservadurismo que dice «a mí que me dejen con mi vida, con mi lengua, con mis costumbres y con mis propios errores o aciertos», es decir, no pasa de ser un rechazo de las injerencias foráneas; pero, en su expresión más extrema, el nacionalismo

puede ser una ideología imperialista, racista y la mejor coartada para empresas bélicas criminales. Entre ambos extremos se abre un amplio surtido de variedades y matices.

Uno de los análisis más válidos e interesantes de la ideología nacionalista es el de sir Isaiah Berlin. Distingue en primer lugar entre *identidad nacional* –conjunto de rasgos étnicos, culturales, etcétera, compartidos por un grupo social– y el *nacionalismo* propiamente dicho, que es la inflamación o exacerbación de la conciencia de identidad y diferencia de tal grupo, producida en la mayoría de las ocasiones por la hostilidad de otros colectivos y la persecución sufrida por la identidad nacional. La ideología nacionalista, en su planteamiento *hard* (aun sin llegar a sus extremos más aberrantes), tiene según Berlin cuatro creencias principales: primera, que todo individuo *debe* pertenecer a una nación, que el carácter de cada uno de ellos es formado por ésta y no puede ser entendido al margen de esa unidad creadora; segunda, que los elementos que forman una nación tienen entre sí una vinculación orgánica, mucho más semejante a las formaciones de la biología que a las instituciones convencionales, y que por tanto, la nación no es una unidad que pueda ser creada o abandonada por voluntad humana, sino que hay en ella algo de «natural»; tercera, que las creencias, valores, leyes, costumbres, etcétera, no pueden ser juzgados en abstracto, sino que cuentan ya con un aprecio definitivo por el solo hecho de ser *nuestras*; y cuarta, que para satisfacer las necesidades nacionales, debe pasarse por encima de cualquier otra consideración, y que si los objetivos de mi patria son incompatibles con los de otras naciones, debo obligarlas a ceder, aunque sea por la fuerza. En una u otra proporción, parece en efecto que estos elementos se dan en todo nacionalismo, aunque su uso, como ya hemos dicho, haya

podido ser en la práctica muy diverso: en nombre de la misma ideología se ha rechazado al invasor y también se han acometido las empresas imperiales y coloniales.

Resumiendo, pues, la ideología nacionalista sostiene que el rasgo más importante del individuo humano es su afiliación nacional («He visto en mi vida», decía el ultramontano Joseph De Maistre, «a franceses, italianos, rusos, etcétera; pero, en cuanto al hombre, declaro no haberlo encontrado en mi vida; si existe, es sin yo saberlo»), que tal afiliación tiene algo de natural e irrenunciable y que justifica, en su provecho, cualquier tipo de actuación que en otras circunstancias sería abominable. En este punto pudiéramos establecer la relación entre los términos «nacionalismo» y «patriotismo», siendo este último la versión sentimental y exaltada, algo así como pasionalmente rumbosa, de lo que ideológicamente el nacionalismo sustenta. Los patriotas tienen menos doctrina y más martirologio que los simples nacionalistas, a los que suelen servir de fuerzas de choque. Por lo demás, se trata de un término ponderativo o exhortativo mucho más que descriptivo: visto desde fuera –es decir, desde la patria de enfrente–, el patriota es un chovinista, un rebelde o un imperialista agresivo. Y es que el nacionalista o el patriota se comporta tan fanfarronamente en lo colectivo como no toleraríamos que nadie hiciera en lo privado: quienes viven vanagloriándose de su mejor cuna, de sus más distinguidas dotes, de las peculiares gracias de su familia o de su superioridad en todos los órdenes sobre el resto de los mortales no suelen ser personas demasiado populares ni se las considera un modelo de buena educación, y, sin embargo, el nacionalista ha hecho de una muy semejante arrogancia de grupo su filosofía, que además suele servirle para justificar empresas sanguinarias. Con razón denominaba

Rabindranath Tagore a la nación «un sistema de egoísmo organizado» y añadía: «La idea de nación es uno de los medios soporíferos más eficaces que ha inventado el hombre. Bajo la influencia de sus efluvios, puede un pueblo ejecutar un programa sistemático del egoísmo más craso, sin percartarse en lo más mínimo de su depravación moral; aún peor, se irrita peligrosamente cuando se le llama la atención sobre ello». El fastidioso y hueco «nosotros» del nacionalista es pura y simplemente una hinchazón retórica del más intransigente, rapaz e inhumano (aunque –ay– demasiado humano) «yo».

En la evolución de las ideas políticas, todo lo que puede haber de progresista y emancipador va en la dirección de reafirmar el carácter convencional y artístico de la organización social; por el contrario, cuanto insiste en «naturalizar» la jerarquía social o «sobrenaturalizarla» (a menudo ambos empeños aparentemente antitéticos funcionan complementariamente) es inequívocamente reaccionario. De aquí el repudio ilustrado de la teocracia y del racismo, del derecho divino de la realeza y de los linajes llamados por sangre a la superioridad social, de la esclavitud y de las leyes inapelables del devenir histórico. «Nacionalismo», «patriotismo», son ideologías que, ya desde su propia etimología, se reclaman más deudoras de la biología que del pacto social. Pero se trata de una biología *mística* y mixtificadora, poblada de esencias eternas y santos patronos disfrazados de mártires del carácter nacional. Por medio de la idea de nación se pretende (y en buena medida se ha logrado) *naturalizar* el Estado. Este planteamiento ideológico, sea cual fuere su contribución al progreso en sus orígenes, sirviendo de palanca para desplazar determinadas legitimaciones aún menos transparentes y más refractarias a toda discusión racio-

nal, adquirió desde comienzos del siglo pasado sus perfiles definitivamente oscurantistas. Dos dogmas míticos subyacen a todo nacionalismo: primero, que tal cosa como la «realidad nacional» existe antes de la voluntad de descubrirla y potenciarla; segundo, que el derecho de autodeterminación política equivale en la práctica –y así de hecho se agota– a la posibilidad de fundar un Estado nacional independiente. Ninguna de estas dos estampas para sugestionables merece demasiado acatamiento. Como ya se ha señalado antes, es el nacionalismo el que inventa la nación, no la preexistencia de ésta la que origina aquél. Ni la etnia, ni las costumbres, ni el idioma, ni la historia compartida son por sí mismos nacionales ni nacionógenos: es el proyecto político-ideológico del nacionalismo el que selecciona los rasgos relevantes de la colección de hechos dados, los valora a su modo y los convierte en identidad y unanimidad simbólica. La identidad nacional llega a ser indiscutible e inevitable, pero, antes que nada, ha sido querida, decidida y planeada por quienes por medio de ella pretendieron llegar a establecer determinado ordenamiento político. Sobre el moderno uso positivo de esta invención nacional, puede consultarse mi ensayo «El nacionalismo performativo», incluido en *Impertinencias y desafíos*. En cuanto al tema de la autodeterminación estatalizante, baste recordar aquí las palabras de José Ramón Recalde en su libro antes citado: «Hoy el derecho de autodeterminación puede plantearse, con más probabilidades de éxito, no ligado a un sujeto colectivo –“etnia”, “nación” o “pueblo” como colectivo abstracto–, sino como simple expresión de los derechos individuales a la política, a la cultura o a la libertad, y no ligado a un objetivo excluyente, como es el Estado nacional». Esto es así en buena medida porque ahora sabemos que la autodeterminación política consiste, entre

otras cosas, en emanciparse del peso coercitivo de esos sujetos colectivos y desmitificar las galas del Estado-Nación como *verdad* última de la cosa pública.

La Nación no es una esencia platonizante ni una realidad histórica preexistente a la voluntad política de quienes la inventan, la organizan y, en muchas ocasiones, la *imponen* por la fuerza a los remisos. De aquí la frecuencia con que los mayores nacionalistas, los líderes teóricos o políticos de los movimientos de afirmación nacional, provienen de las zonas limítrofes del país en cuestión, de sus márgenes, incluso abiertamente de *fuera* de él. Es en los litigios fronterizos, allá donde nada está demasiado claro y se reivindican derechos contrapuestos, cuando la nación se autoinstituye con la fuerza de lo arbitrario, de lo que debe quedar definitivamente zanjado. Isaiah Berlín dedica una brillante página a este aspecto de la cuestión: «La visión que Napoleón tenía de Francia no era la de un francés; Gambetta llega de las fronteras del sur, Stalin fue georgiano, Hitler, austríaco, Kipling llegó de la India, De Valera era sólo medio irlandés, Rosenberg llegó de Estonia, Theodor Herzl y Jabotinsky, al igual que Trotsky, de los márgenes asimilados del mundo judío –todos ellos eran hombres de visión ardiente, ya fuera noble o degradada, idealista o perversa, que había tenido su origen en heridas infligidas a su *amour propre* y a su ofendida conciencia nacional, porque vivían cerca de las fronteras de la nación, donde la presión de otras sociedades, de civilizaciones extranjeras, era más fuerte–. Hugh Trevor-Roper precisamente ha advertido que los nacionalismos más fanáticos aparecen en centros donde las nacionalidades y culturas se mezclan, donde la fricción es más fuerte: por ejemplo, Viena, a la cual podrían añadirse las provincias bálticas que formaron a Herder, el independiente ducado de

Saboya en que De Maistre, el padre del chovinismo francés, nació y creció, o Lorena, en el caso de Barres o De Gaulle. Es en esas provincias remotas donde la visión ideal del pueblo o nación como debiera ser, como uno la ve con los ojos de la fe, cualesquiera que sean los hechos reales, se genera y crece fervientemente». ¿Habría que añadir a esta contundente enumeración el nombre de nuestro arriscado teniente coronel Tejero, nacido en una de las provincias africanas españolas, o recordar que el nacionalismo vasco contemporáneo surge cuando la industrialización de Vizcaya atrae a trabajadores inmigrantes que rompen la homogeneidad cultural de la zona? La Nación es el revestimiento mitológico de una ficción administrativa y se asienta precisamente en el desafío de dar por naturalmente fundada su convencional arbitrariedad. Por eso se la piensa –es decir, se la inventa– tanto mejor cuanto más fuera de ella se está; y adquiere toda su fuerza de convicción en la polémica contra los otros, no en el pacto ni en la transacción. A fin de cuentas, todo su ser consiste en su deber llegar a ser... Dos anécdotas bufas, pero rigurosamente ciertas, confirman esta perspectiva. Por un lado, la del joven vasco, estrictamente castellano hablante por línea familiar, quien, mientras se esforzaba por aprender euskera, se me quejaba diciendo: «Claro, tú nunca podrás saber lo que es haberse visto privado de la lengua materna desde *antes de nacer...*». Y también aquel nacionalista andaluz que, en un simposio sobre la identidad nacional de España, tras disparatar un rato sobre al Ándalus Norte y al Ándalus Sur, pretendió convencer a los oyentes de que la situación de Andalucía era más grave que la de Euskadi o Catalunya, pues «los vascos tienen el euskera, los catalanes tienen el catalán, pero los andaluces *no tenemos lengua*». El pobre hombre no quería decir que les hubiese comido la len-

gua el gato, sino que no tenían una lengua prohibida, una lengua desde la que oponerse y a partir de cuya persecución fraguarse su identidad.

Esta necesidad de oposición y hostilidad nos lleva al corazón mismo de la idea nacional, que es el *enfrentamiento*. Puede haber nacionalismos conciliadores y nacionalistas sinceramente solidarios con los problemas de otros pueblos, pero el mito de la Nación es agresivo en su esencia misma y no tiene otro sentido verdadero que la movilización bélica. *Si no hubiera enemigos, no habría patrias; queda por ver si habría enemigos en el caso de no haber patrias...* La nación se afirma y se instituye frente a las otras: su identidad propia brota de la rebelión contra o de la conquista del vecino. Buena prueba de ello es el mecanismo paranoico de autoafirmación patriótica, que lleva a inventar una Antipatria como límite y definición de cada patria. La primera y fundamental antipatria es el extranjero, el bárbaro hostil; por extensión, cualquiera que en el interior de la comunidad disiente de la identidad establecida y objeta con su conducta o sus ideas contra el retrato-robot del perfecto individuo nacional. Sin antipatria no hay tampoco patria imaginable ni cada particular podría hacer por la suya esos «sacrificios» que según María Moliner le certifican como patriota. Por ello el auténtico nacionalista y el auténtico patriota, en cuanto que vivan para su sentimiento de identidad grupal, nunca se avendrán a reconocer que no están cercados o amenazados, nunca renunciarán a la sombra del imperio que quiere colonizarlos, o del separatismo que amenaza disgregarlos o del bárbaro que puede arrasar su cultura: sin esos fantasmas familiares, perderían la certeza de saberse «nosotros»... Desde esta perspectiva, nada más lógico que la angustia de aquel nacionalista andaluz que no padece persecución por causa de su

idioma y pierde así la oportunidad de una buena barricada autoafirmativa.

Las sociedades humanas edifican su unidad y su independencia en torno a los ejércitos incluso antes de la aparición del Estado. El antropólogo Pierre Clastres ha estudiado el papel de la permanente guerra de algunos pueblos guaraníes prestatales como un sistema de mantener su cohesión y su diferencia tribal frente a la tentación de una jefatura amalgamadora que disminuyera la libertad igualitaria de su perfil social. Cuando el Estado aparece, el papel vertebrador de los ejércitos (la tan cacareada «columna vertebral de la patria») no deja lugar a dudas. Muchos de los Estados históricos fueron consecuencias de su ejército y no al revés: hoy mismo es el caso de diversas «naciones» africanas, aunadas artificialmente por los restos de las tropas coloniales licenciadas o de la milicia guerrillera anti-imperialista, que inventan la entidad nacional por encima y contra las divergencias tribales, para poder cuanto antes sentarse en la Asamblea de Naciones Unidas y conseguir voz en el mercado de la política mundial... Pero la íntima vinculación entre lo nacional y lo militar es más profunda todavía. Se trata del *principio de unanimidad* mismo, con la personificación de la pluralidad social en un cuerpo único, igualitario y disciplinado en el que se consiga una apariencia de armonía basada en la simetría jerarquizada y los sones rítmicos del tambor. Como tantas otras cosas –la mayoría, ciertamente– de nuestro destino político, es en la Revolución francesa donde por vez primera cuaja plenamente esta imagen que hoy domina la representación histórica que vivimos. En la batalla de Valmy, en la que los revolucionarios derrotaron a las potencias del antiguo régimen, Kellermann gritó: «¡Viva la nación!», como arenga máximamente eficaz para los *sans-culottes*. Re-

calde señala que tal voz no podía significar más que «¡viva el pueblo!», lo cual probablemente es cierto, aunque –como quizá luego veamos– «pueblo» es una noción no menos litigiosa que la de «nación». Pero la cuestión que ahí aparece tiene otras implicaciones. Comentando la supuesta existencia de un *sentimiento nacional* en Francia anterior al proceso revolucionario, que los escritores posteriores a éste trataron de rastrear, según manda el uso, lo más atrás posible, en último término es de temer que remontándose hasta Vercingétorix, señala con su habitual agudeza Bertrand de Jouvenel: «Del estudio de esta literatura nació mi convicción de que no existía antes de la Revolución la representación en los espíritus de una *persona* Nación. Antes de la Revolución, los franceses aman su tierra, su lengua, son xenófobos, convencidos de su superioridad, ávidos de gloria. Pero no se representan a la Nación como una persona sobrehumana, objeto de un culto». Y añade: «Sería interesante hacer la historia figurativa de la persona Francia, la historia –si puedo atreverme a hablar así– de la “imagen de piedad” que sirve de relevo más a la imagen de la Virgen que a la del rey». La primera paradoja de la Patria es que más bien es Matria, madre; la segunda –a la que nuestra religión católica nos tiene ya más acostumbrados–, que no por ser madre es menos virgen, inviolada y por tanto siempre expuesta a los asaltos soeces de un agresor desaprensivo si sus hijos no la saben defender.* Pero continuemos con las reflexiones de Bertrand

* A este respecto, viene a cuento citar la opinión del antropólogo Joseba Zulaika, profesor de la Universidad del País Vasco, en su comunicación «Imágenes icónicas y simbolismo sacramental en la violencia política vasca», comunicación presentada en el coloquio «Formas de dominación cultural en el área mediterránea», celebrado en Estados Unidos: «La violencia política entre los vascos puede considerarse como

de Jouvenel. Es uno de los hijos más ilustres de la así inventada Nación, Napoleón Bonaparte, quien por primera vez utiliza el singular *ejército* para designar a lo que antes se llamaba «fuerzas militares». La palabra «ejército», hasta Bonaparte, sólo se empleaba en tiempo de guerra y para designar a la parte que combatía; pero, a partir del emperador, se llamó «ejército» en Francia a las fuerzas militares tanto en tiempo de paz como de guerra. Importante mejora, pues tal singularización parte de subrayar el permanente estar en pie de guerra de los efectivos bélicos en la nación moderna y permite una personificación de éstos correspondiente a la operada en la sociedad civil. Cito de nuevo a Jouvenel: «Luis XIV decía aún: “mis pueblos”; pero, cuando se dice “el Pueblo” es ya algo muy diferente, lo mismo que cuando se dice “el Ejército”. Y, en verdad, para ver panorámicamente el conjunto “Pueblo” o “Nación” nada mejor que ver el “Ejército”. Puesto que a partir de ahora ya es “la Nación armada” “el Pueblo en armas”. [...] El ejército ha llegado a ser en cierta forma una encarnación de la idea de “nación”». La conse-

un intento de crear nuevas imágenes icónicas. Los jóvenes de Itziar que participan directamente en la violencia, así como los espectadores de esa violencia naturales de Itziar, han sido aleccionados para interpretar las imágenes visuales básicamente a la manera icónica de las imágenes religiosas de su iglesia. En los años veinte y treinta, cuando el nacionalismo vasco se introdujo por primera vez en Itziar como una ideología militante, la metáfora central de la retórica patriótica era el *ama*, la madre, aplicada indistintamente tanto a la tierra vasca como al lenguaje, el país y la *Amabirjina* (la muy venerada Virgen local. Nota de F.S.). La *Amabirjina* de Itziar era, de hecho, la santa patrona de la milicia nacionalista a nivel provincial. El amor al país debía ser el mismo que el amor a la madre. La imagen de la madre, en su plena dimensión religiosa y proyectiva, estaba representada naturalmente por la *Amabirjina*. (Debo el texto de esta ponencia a la amabilidad de su autor.)

cuencia directa de esta teoría de personificaciones y singularizaciones de lo diverso, y su definitiva cristalización marcial, no es difícil de extraer, sobre todo a la vista de los acontecimientos históricos posteriores. «Primero, si se reconoce a la nación en su expresión militar, por una lógica reciprocidad, se contemplará el modo de organización de la nación como algo que debe ser calcado de la organización militar. Después, la nacionalización del ejército tiende a nacionalizar la guerra, es decir, a hacerla peor.»

Nación, Patria, Pueblo: Ejército. Es este último el que señala la verdad definitiva de las tres personas míticas anteriores. El grito de Kellermann inaugura ciertamente una nueva época, como profetizó con su fasto habitual Goethe: pero ha sido la era del servicio militar universal y obligatorio. El sentimiento patriótico –que ya hemos visto prestigiar masoquistamente en su definición misma con el reclamo del sacrificio– tiene su lado más éticamente glorioso en la *lealtad abnegada*, pero el objeto de tal disposición sublime sigue siendo críticamente analizable. Amar el paisaje de la infancia, las costumbres ancestrales que no entrañen crueldad ni superstición, la lengua en que se nos educa, los éxitos y creaciones de esos convecinos que son casi como de nuestra familia, nada hay que concuerde mejor con lo más humanamente humano, pero ¿son estos amores propiamente *patrióticos*? Estar dispuesto a defender o conquistar la libertad política y unas instituciones públicas razonablemente justas, así como a defender las vidas y haciendas de quienes nos acompañan socialmente en la vida, es inequívoca señal de bien entendida dignidad humana, pero ¿es tal tipo de coraje lo que se entiende auténticamente por *patriotismo*? Mucho me temo que la respuesta menos ilusa sea negativa en ambos casos. Ciertamente que los sentimientos patrióticos apelan

a aquellas formas de apego y a este tipo de valor, pero su verdad está fuera de ellos, en la glorificación mitológica e ideológica de la persona-Nación, en la implantación de su identidad por exaltación bélica frente a las antipatrias internas o externas, en la invención de una *forma de ser* nacional que tratará de convertirse en segunda naturaleza de los ciudadanos, en la militarización de la comunidad y de las mentalidades individuales. Sin batallas, sin caídos, sin banderas ensangrentadas, sin modestos y obtusos y generosos prójimos que dieran su vida por los jefes, el patriotismo se convertiría en algo tan aburridamente razonable y tan difícilmente manipulable por el Estado que dejaríamos a buen seguro de hablar de él.*

* Quizás el sentido mismo del antimilitarismo nunca se haya expresado mejor que en esta página magistral escrita a finales del siglo pasado: «Ningún gobierno confiesa en nuestros días que mantiene un ejército para satisfacer, llegada la ocasión, sus ansias de conquista. El ejército, por el contrario, se dice que es para la defensa. Para justificar este estado de cosas, invócase una moral que aprueba la legítima defensa. De esta manera, cada cual se reserva para sí la moralidad, atribuyendo la inmoralidad al vecino, porque hay que imaginar a éste presto al ataque y a la conquista, si el Estado del que uno forma parte se ve en la necesidad de pensar en los medios de defensa. Además, se acusa al otro que, lo mismo que nuestro Estado, niega tener intención de atacar y afirma no tener su ejército sino por razones de defensa...; se le acusa, digo, de ser un hipócrita y un criminal astuto que querría lanzarse sin lucha sobre una víctima inofensiva e inocente. En estas condiciones están hoy todos los Estados en sus mutuas relaciones: sostienen las malas intenciones del vecino, y ellos no las tienen sino buenas y santas. Pero esto es una *inhumanidad* tan nefasta y peor aún que la guerra, es una provocación y motivo de guerra, porque se acusa de inmoralidad al vecino y se desencadenan así los sentimientos hostiles. Hay que renunciar a la doctrina del ejército como arma defensiva tan radicalmente como a los

En sus *Acotaciones* observa Benavente: «Todas las madres y todas las patrias nos quieren pequeños para que seamos más suyos. La diferencia es que la madre llora y acaricia; la patria detiene y castiga». Virgen inmaculada y expuesta en la picota al asalto de los lujuriosos dragones enemigos, la patria es también madrastra represora: en cualquier caso, en su regazo hemos de hacernos pequeños y balbucientes, acríticos, incapaces de distanciamiento o réplica. Un político español del siglo pasado ya dejó dicho que la patria, como la madre, no es buena ni mala, sino *nuestra*: no hay mejor modo de condensar en pocas palabras la obcecación de un mito y aprovechar el naturalismo de un instinto para fundar el apego a una institución histórica, es decir, convencional. «La patria hay que sentirla», «quien la discute no es un bien nacido», «su unidad es sagrada», etcétera, declaraciones rotundas destinadas a cerrar el paso a cual-

deseos de conquista. Y llegará un día quizá, día grandioso, en que un pueblo glorioso en la guerra y en la victoria por el mayor desarrollo de la disciplina y la inteligencia militar, habituado a los mayores sacrificios por estas cosas, levantará la voz libremente: «¡Rompeamos nuestra espada!», destruyendo su organización militar hasta los fundamentos. *Volverse inofensivo* cuando uno es más temible, y esto por *afinación* del sentimiento, es el gran medio de llegar a la verdadera paz, que debe estar siempre fundada en una disposición pacífica de espíritu; mientras que eso que se llama la paz armada responde a un sentimiento de discordia, a la falta de confianza en sí y en el vecino, e impide deponer las armas o por odio o por temor. Es preciso que toda sociedad establecida se guíe por este lema: ¡antes morir que odiar y temer, y *antes morir dos veces que hacerse temer y odiar!*». ¿Quién escribió estas palabras? ¿Algún anarquista o un pionero socialista de la guerra contra la guerra? No, sino alguien del que quizá no hubiéramos esperado oír este lenguaje, porque sus opiniones han sido demasiadas veces extrapoladas en sentido contrario: *Friedrich Nietzsche*.

quier reflexión sobre una realidad cuya fuerza aunadora consiste en no soportarlas, en rechazarlas de antemano todas. Y es que la razón es disolvente, particularizadora, individualizadora; es un instrumento que cualquiera puede utilizar sin esperar el permiso de la autoridad competente ni someterse al último grito unánime de la multitud aborregada; y es también una instancia difícil de sobornar, que reclama pruebas y confirmación empírica, o al menos verosimilitud lógica, a los grandes lemas que se vociferan ante ella. En una palabra, la razón es la tarea del adulto y conviene mal al patriota, cuya condición –por muy feroz que sea al exteriorizarse– exige añamamiento y puerilidad. Hijo, me matas a disgustos, qué díscolo eres: toma ejemplo de tu hermanito, que es tan bien mandado y tan formal...

A partir del siglo XVIII, ningún movimiento importante en lo político, lo religioso o lo cultural ha dejado de estar vinculado de un modo u otro al nacionalismo. Cualquier idea o propuesta colectiva, para alcanzar verdadero arraigo popular, parece necesitar el apoyo de las andaderas nacionalistas. Ha habido nacionalismos integristas y revolucionarios, emancipatorios y colonialistas, religiosos y profanos (aunque, en cierto sentido, importante, todo nacionalismo es religioso), refinados y simplistas, vanguardistas y ultratradicionales, racistas y antirracistas... En ocasiones, el nacionalismo ha despertado lo peor del Estado, y en otros momentos ha rescatado lo mejor. Pero de uno u otro modo, el patriotismo ha seguido acumulando víctimas. Tras los horrores de las dos últimas guerras mundiales, el nacionalismo clásico parece haberse difuminado un poco, y su reivindicación sin matices no es de buen tono en los círculos políticos mejor ilustrados. Pero sería gravemente erróneo considerarlo mínimamente en vías efectivas de erradica-

ción: no muere, se transforma y durará cuanto dure el Estado militarmente vertebrado al que sirve de ideología y coartada. Al menos tres tipos de nacionalismo –cada uno de los cuales, a su modo, corrige un tanto el de épocas pasadas– prosperan actualmente: *uno* es el nacionalismo imperialista de los dos grandes bloques militares en conflicto, el chovinismo expansionista del *American way of life* y el de la no menos voraz Madre Rusia, el de quienes hacen cuestión patriótica de la defensa de las libertades públicas (siempre que éstas funcionen a su favor) y suelen establecer la ecuación derechos humanos = intereses americanos, y el de quienes han pasado de predicar la revolución en un solo país a imponer la revolución en ninguno, la dictadura totalitaria en bastantes y los descarnados intereses soviéticos en los más posibles; *dos*, los nacionalismos tercermundistas que combaten por salir de la situación colonial y rara vez logran encontrar mejor aglutinante contra la metrópoli que la invención urgente y bélica de una patria, dotada de los peores vicios estatales pero al menos *suya* –lo que tiene el atroz efecto de hacer tales vicios amables a ojos de quienes los sufren: en los últimos tiempos, el integrismo religioso se ha aliado al nacionalismo, sobre todo en la zona de Oriente Medio, no en vano prolífica desde siempre en peligrosos artefactos monoteístas–; *tres*, los nacionalismos recuperados dentro de viejos Estados, reivindicando los derechos de la diferencia e incluso la separación o independencia política de grupos étnicos, culturales, históricos, etcétera, que se consideran oprimidos por la abstracción igualadora de la centralización estatal. Además de estos tres modelos del mito nacional particularmente activos, no falta ni mengua desde luego el tipo clásico, fomentado en ocasiones como reacción contra alguno de estos avatares más recientes. Quien, después de leer

las opiniones de la prensa argentina y británica sobre la guerra de las Malvinas, los comentarios que en la decaída metrópoli suscitó la expedición punitiva de los Super Etendard franceses en el Líbano o las reacciones viscerales de medios de comunicación españoles ante el ametrallamiento por un barco de guerra francés de un pesquero de Ondárroa, quien, digo, tras conocer tan pringosa y mortífera exaltación, todavía siga creyendo en la próxima superación del viejo mito patriotero es que goza de una incombustible fe en la perfectibilidad racional de los hombres.

Me parece que la izquierda actual no deplora con suficiente intensidad la presente *decadencia del internacionalismo*. Quizá no haya habido nunca otro ideal tan auténticamente progresista como éste, verdadero descenso a la tierra del celestial propósito de fraternidad cristiana. Nada tiene que ver el internacionalismo revolucionario con la homogeneización multinacional y estandarizada de las diferentes comunidades: *porque tan nacionalista (y por tanto reaccionario y oscurantista) es quien no reivindica su diferencia más que para edificar un Estado sobre ella como quien sostiene un Estado para aplastar las diferencias*. Ser internacionalista es estar racionalmente convencido de que la división en naciones –que no tiene nada de «natural»– no hace sino impedir la emancipación humana y que el mito patriótico-nacional sirve siempre para legitimar en el poder a la oligarquía más abyecta y rapaz. A esta regla no se conocen excepciones. Por desgracia, la izquierda se ha acomodado con desoladora facilidad al lenguaje nacionalista: aquí, como en otros campos no menos importantes, se ha resbalado de la lógica y perfectamente legítima acomodación al conflicto parlamentario democrático (tras haber abandonado por fin la nefasta imagen de la lucha de clases como guerra civil y la dictadura del prole-

tariado) a la asunción mimética de las peores mañas de la derecha burguesa. Al juego democrático le hace falta que la izquierda se incorpore a él, pero no para decir: «Sabremos ser tan demócratas como vosotros», sino «Sabemos lo que es ser demócratas y por tanto presentaremos un ideario y un estilo político distinto al vuestro». A la decadencia del internacionalismo han contribuido, por un lado, el descrédito acarreado por la perversa utilización que de la fórmula «internacionalismo proletario» ha hecho el patriotismo soviético, convirtiéndola en una nueva coartada imperialista; por otro lado, el entusiasmo tercermundista de Fanon y seguidores (apoyados en su día por un célebre prólogo de Sartre), reinventando argumentos pasablemente mortíferos a favor de un patriotismo revolucionario cuyo balance a estas alturas del siglo no es desde luego inequívocamente positivo. Creo que es el momento de recordar la doctrina clásica del internacionalismo progresista en un mundo de Estados-Naciones belicosos, tal como por ejemplo la exponía Isaac Deutscher en la revista *Ramparts* en 1971: «Los socialistas deben ser internacionalistas incluso si sus clases trabajadoras no lo son; los socialistas deben entender el nacionalismo de las masas, pero solamente en la medida en que un médico comprende la debilidad o el malestar de su paciente. Los socialistas deben tener en cuenta el nacionalismo, pero, como las enfermeras, deben lavarse veinte veces las manos antes de acercarse a un área del movimiento obrero infectada por él». O, si se prefiere, volver a una fuente todavía más primitiva y repetir las nobles y definitivas palabras de un Carter en el congreso de Lausana de la Primera Internacional, un siglo antes que Deutscher: «Tendremos guerra mientras existan la ignorancia, las nacionalidades; mientras haya una religión y un clero. Combatamos sin cesar la ignorancia;

combatamos el funesto principio de las nacionalidades; por mi parte, yo no tengo país, todos los hombres son mis hermanos». Quizá la retórica de estas palabras nos sea hoy ajena –a pesar de su digna sobriedad–, pero de su contenido no ha envejecido ni la menor sílaba.

Una última palabra, desde la reflexión ética. En su libro *La paradoja de la moral*,* Vladimir Jankélévitch habla del pecado de prosopolepsia como aquello que ha de ser fundamentalmente evitado por el proyecto ético. La *prosopolepsia* (del griego *prosopon*, máscara) es un error denunciado en diversos textos neotestamentarios, que consiste en conceder importancia primordial a alguna de las máscaras de la identidad humana en lugar de reconocer aquello verdaderamente humano, la libertad que nunca puede identificarse sin cristalizar en cosa muerta. La máscara nacional es una de las fabricadas por la libertad humana, que gusta de darse forma y de crear los símbolos de su arrogancia o de su demanda; el patriotismo es el entusiasmo puesto al servicio de esta máscara, a veces tan noble y a veces tan obcecado y letal como cualquier otro entusiasmo. A diferencia del cruel De Maistre, la ética conoce al hombre y no al francés, al italiano o al ruso: es decir, conoce al hombre y su opción libre en el francés, el italiano, el ruso o el apátrida. Respeto la diversidad sin la que no habría más que un solo y totalitario dominio, pero mantiene intacto el ideal de universalidad que rescata a la virtud de ser instrumentalizada por una u otra estrategia de poder. Porque todas las víctimas del patriotismo son víctimas de un malentendido y de un absurdo del que a fin de cuentas sólo unos cuantos –los más brutales–

* Colección Marginales, Tusquets Editores, Barcelona, 1983. (N. del e.)

sacan auténtico provecho. Y las víctimas deben ser respetadas, honradas, compadecidas; pero el ídolo al que fueron inmoladas no merece más que unos cuantos certeros golpes de piqueta.

ALGUNOS LIBROS CONSULTADOS

Berlin, Isaiah, *Contra la corriente*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

Jouvenel, Bertrand de, *Les debuts de l'Etat moderne*, Fayard, París, 1976.

Recalde, José Ramón, *La construcción de las naciones*, Siglo XXI, Madrid, 1982.

Rocker, Rudolf, *Nacionalismo y cultura*, La Piqueta, Madrid, 1977.

Tivey, Leonard (ed.), *The Nation-State*, Martin Robertson, Oxford, 1981.